



CLÁSICOS UNIVERSALES

# EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE

ROBERT LOUIS STEVENSON

TRADUCCIÓN DE  
JUAN ANTONIO MOLINA FOIX



Editorial Bambú  
es un sello de Editorial Casals, SA

Título original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*

© 2003, de la traducción, Juan Antonio Molina Foix  
(cedida por la Editorial Valdemar)  
© 2009, de las ilustraciones, Fernando Vicente  
© 2009, de la introducción, Ramón Acín y Raúl Acín  
© 2014, de esta edición, Editorial Casals, SA  
Casp 79, 08013 Barcelona  
Tel.: 902 107 007  
editorialbambu.com  
bambulector.com

Coordinación de la colección: Jordi Martín Lloret  
Diseño de la colección: Liliana Palau / Enric Jardí  
Ilustraciones del cuaderno documental:  
© Aisa, © Album/akg-images, © Corbis/Cordon Press,  
© Getty Images.

Primera edición: abril de 2014  
ISBN: 978-84-8343-318-8  
Depósito legal: B-9345-2014  
*Printed in Spain*  
Impreso en Índice SL  
Fluvià, 81-87. 08019 Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra solo  
puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo  
excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro  
Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si  
necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

# ÍNDICE

Introducción	9
La historia de la puerta	15
En busca de Mr. Hyde	27
El Dr. Jekyll se encontraba completamente a gusto	43
El caso del asesinato de Carew	47
El incidente de la carta	55
El extraordinario incidente del Dr. Lanyon	65
El incidente de la ventana	73
La última noche	77
El relato del Dr. Lanyon	99
Declaración completa de Henry Jekyll sobre el caso	113
Cuaderno documental: Stevenson, Jekyll y Hyde	145

# PALABRAS SOBRE JEKYLL Y HYDE

Quizás no todos los lectores sientan lo mismo, pero sí que, como mínimo, abrigarán ante la aventura de recorrer la selva de palabras que edifica un libro la separación especial de la vida que de él se destila —separación del lodo rutinario, se entiende—. Sin duda, la lectura de cualquier libro contiene el lance de elevarnos por encima de lo que es habitual en la vida y, en consecuencia, encierra mucho de paréntesis —absolutamente inolvidable— dentro de la grisura cotidiana y, por supuesto, también mucho de refugio frente a ella.

Sin embargo, todo lector que se precie —además de ser ese cazador furtivo que recorre territorios ajenos—, no sólo debe pretender, arropado en el silencio de su correría solitaria, la búsqueda de un grial que adormezca la trivialidad del entorno, que acalle sus miedos o que, entre otros bálsamos, aminore sus penas. También debe enfrascarse, gracias al jugoso convite de las palabras, en el trasfondo que alientan unas historias sobre las que pululan personajes y suceden peripecias, azarosas o llenas de sustancioso jugo. Sólo así,

ahondando, saldrá armado para ampliar el horizonte de la mirada necesaria con la que escrutar el misterio de la vida. Es decir, la lectura, paréntesis y refugio gozosos, para serlo de verdad, también tiene que devenir en conciencia crítica. O sea, en duda e interrogación en medio de la algarabía imaginativa que abduce nuestra mente cuando los ojos recorren páginas en los libros. En suma, la lectura debe descubrirnos lo que en verdad somos, más allá de la realidad física del cuerpo y del entorno, porque leer, desde siempre, ha sido un desplegarse personal sobre el mosaico de las palabras que construyen los libros —recordad a Machado: «El ojo que ves no es ojo porque tú lo veas; es ojo porque te ve»—. Es más: todo buen lector se interroga e interroga el mundo cuando lee. Y lo hace, amén del goce, para comprenderse a lomos de la sensibilidad. Circunstancia que sólo es posible porque la escritura jamás ha prescindido de la vida.

Y vida a borbotones y, también, mirada a fondo podemos encontrar en la obra de Robert Louis Stevenson (1850-1894) y, más concretamente, en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, un clásico que, todavía hoy, sigue llamando la atención cuando el lector se adentra por primera vez entre sus páginas, más de un siglo después —123 años, para ser exactos— de su publicación. Buena prueba de la vigencia de esta obra es la cantidad de adaptaciones, versiones e incluso relecturas cinematográficas, musicales, etc., que ha inspirado, pese a que por el camino su sentido haya sido, a menudo, deformado.

Todo esto es posible porque R. L. Stevenson desarrolló una serie de temas que están más allá de modas y de épocas

(citemos: la naturaleza del bien y del mal, la necesidad humana de lo prohibido, el horror a la pérdida de la identidad, la presencia simbólica del doble o el otro, el enfrentamiento entre ciencia y religión, la fascinación por el mal o la irracionalidad... Ni siquiera la doble moral es exclusiva de la sociedad victoriana), y, además, porque lo hizo aproximando su trabajo a esquemas claramente populares.

Stevenson —quien a lo largo de toda su vida se mostró profundamente interesado en las leyendas y creencias tradicionales y en la cultura de masas— lo consiguió a través de la pátina genérica —la intriga policial, la historia fantástica— y con el estilo escogido. Un estilo escueto, como corresponde a la combinación de los testimonios de diversos personajes que intentan explicar el misterio de la novela, que, sin embargo, queda lejos de la distancia racionalista que podría suponerse. Al contrario, Stevenson logró una atmósfera enrarecida, de una inasible extrañeza, intensamente turbadora, con una prosa sencilla y, a la vez, meticulosamente construida.

Asimismo, el autor, nacido en Edimburgo, recurrió a elementos de la cultura popular escocesa: para la dualidad extremada de Jekyll, se inspiró, en cierto modo, en el *coimimeadh*, una suerte de hombre—reflejo ligado a la persona como una sombra, y en la historia de William «Deacon» Brodie (1741-1788), un ebanista tan respetado a causa de su moral intachable que incluso llegó a convertirse en concejal de su ciudad natal. William Brodie, presidente (*deacon*) del gremio de carpinteros y masones, instalaba o arreglaba por el día las puertas y los cerrojos de la buena sociedad de

Edimburgo, pero al caer la noche, tras haber hecho copias de todas las llaves, se introducía con sigilo en sus casas y las desvalijaba. Con el dinero robado, costeaba una doble vida que incluía dos mujeres distintas, un total de cinco hijos y una inveterada pasión por el juego...

Por último, resulta interesante comprobar hasta qué punto la temática principal de la novela —la dualidad del ser humano— hunde sus raíces en la propia biografía de su autor: el aventurero romántico que fue Stevenson vio lastrada su juventud rebelde y bohemia y la promesa de una vida de aventuras en alta mar (sendas muestras de su desapego hacia la moral de las apariencias típicamente burguesa, que el narrador escocés siempre identificó con su padre) por la tuberculosis fatal que le amenazó desde niño.

Pero, sin duda, la gran lección de Stevenson, su legado a la posteridad, es la victoria de la imaginación, del poder de la fantasía, frente al realismo romo y mimético (en realidad, la pura negación de toda creación artística) en su pretensión de análisis y crítica social. Porque, como Oscar Wilde, Stevenson sabía que «hay dos mundos muy distintos. Uno es el mundo de la realidad, y de ése no hace falta hablar porque es evidente. Todos lo tienen ante sus ojos y jamás dejan de verlo aunque nosotros callemos. Pero hay otro mundo que nadie percibe si el artista guarda silencio. De ése es del que debemos hablarle a la gente».

RAMÓN ACÍN Y RAÚL ACÍN  
Zaragoza, 2 de marzo de 2009

# EL EXTRAÑO CASO DEL DR. JEKYLL Y MR. HYDE

A Katharine de Mattos<sup>1</sup>

Malo es desatar los lazos que unen por decreto divino;  
seguiremos siendo los hijos del brezo y del viento;  
aun lejos del hogar, para ti y para mí  
todavía florece hermosa la retama en la región del norte.

1. Se trata de la prima del autor, Katharine Elizabeth Alan Stevenson (1851-1939), casada más tarde con William Sydney de Mattos, que compartió su infancia con aquel y fre-



# LA HISTORIA DE LA PUERTA

El abogado señor Utterson era un hombre de semblante adusto,<sup>2</sup> jamás iluminado por una sonrisa; frío, parco<sup>3</sup> y vergonzoso en la conversación; remiso<sup>4</sup> en sentimientos; enjuto,<sup>5</sup> alto, taciturno,<sup>6</sup> aburrido, y sin embargo adorable, en alguna medida. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su agrado, irradiaba de sus ojos algo eminentemente humano; algo que, a decir verdad, jamás salía a relucir en su conversación, pero que expresaba no sólo con aquellos gestos silenciosos de su cara después de la cena, sino más a menudo y llamativamente en su vida cotidiana. Era austero consigo mismo; bebía ginebra cuando estaba solo, para mortificar su afición por los vinos añejos; y aunque le encantaba el teatro, hacía ya veinte años que no cruzaba las puertas

2. *Adusto*: de rostro serio y severo.

3. *Parco*: sobrio o moderado.

4. *Remiso*: discreto, reservado.

5. *Enjuto*: delgado.

de ninguno. En cambio mostraba una acreditada tolerancia en su trato con los demás; unas veces asombrándose, casi con envidia, de la gran tensión anímica que implicaban sus delitos; y en cualquier situación extrema era más propenso a prestar ayuda que a reprender. «Me inclino por la herejía de Caín», solía decir pintorescamente, «dejo que mi hermano se vaya al diablo por su propio pie».<sup>7</sup> Con este carácter, a menudo tuvo la suerte de ser el último conocido de confianza y la última influencia bienhechora en las vidas de hombres venidos a menos. Y mientras estos siguieron acudiendo a sus aposentos, jamás les mostró el más leve cambio de actitud.

Sin duda esa proeza le resultaba fácil al señor Utterson, ya que era reservado en el mejor de los casos, e incluso sus amistades parecían basarse en una similar liberalidad francamente cordial. Es característico de un hombre modesto el aceptar su círculo de amistades creado de manera casual; y ese era el estilo del abogado. Sus amigos eran los que tenían su misma sangre, o aquellos a quienes conocía desde hacía más tiempo; sus afectos crecían con el tiempo, como la hiedra, y no implicaban la menor inclinación por el objeto. De ahí, sin duda, el vínculo que le unía con el señor Richard Enfield, pariente lejano suyo y hombre muy conocido en la ciudad. A muchos les intrigaba qué podían ver el uno en el otro, o qué tema de conversación podían compartir. Quienes se tropezaban con ellos en sus paseos dominicales contaban que no decían nada, que parecían extraordinariamente aburridos, y

7. En la Biblia [Génesis, 4: 9] Caín rehúsa aceptar la responsabilidad por su hermano

que acogían con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de todo eso, aquellos dos hombres otorgaban la mayor importancia a esas excursiones, las consideraban lo máspreciado de cada semana y, con tal de poder disfrutarlas sin interrupción, no sólo dejaban de lado ocasiones de placer, sino que incluso se resistían a las demandas de sus negocios.

Sucedió que en uno de aquellos paseos sus pasos los llevaron a una callejuela en un concurrido barrio de Londres. La calle era pequeña y de las consideradas tranquilas, aunque en los días laborables se llevaba a cabo en ella un floreciente comercio. Al parecer, a sus habitantes les iba muy bien, y todos ellos porfiaban<sup>8</sup> con la esperanza de que les fuera todavía mejor y empleaban el excedente de sus ganancias en coquetería; de modo que los escaparates de las tiendas que se alineaban a lo largo de aquella calle parecían invitarle a uno como si fueran filas de sonrientes dependientas. Incluso en domingo, cuando ocultaba sus más floridos encantos y permanecía relativamente vacía de tráfico, la calle resplandecía por contraste con su sórdido vecindario, como un fuego en un bosque; y con sus postigos recién pintados, sus broncees bien pulidos, y la general limpieza y alegría ambiental, atraía y complacía en el acto la mirada del viandante.

A dos puertas de una esquina, a mano izquierda yendo hacia el este, la entrada a un patio rompía el alineamiento de las fachadas; y justo en aquel lugar, la siniestra mole de

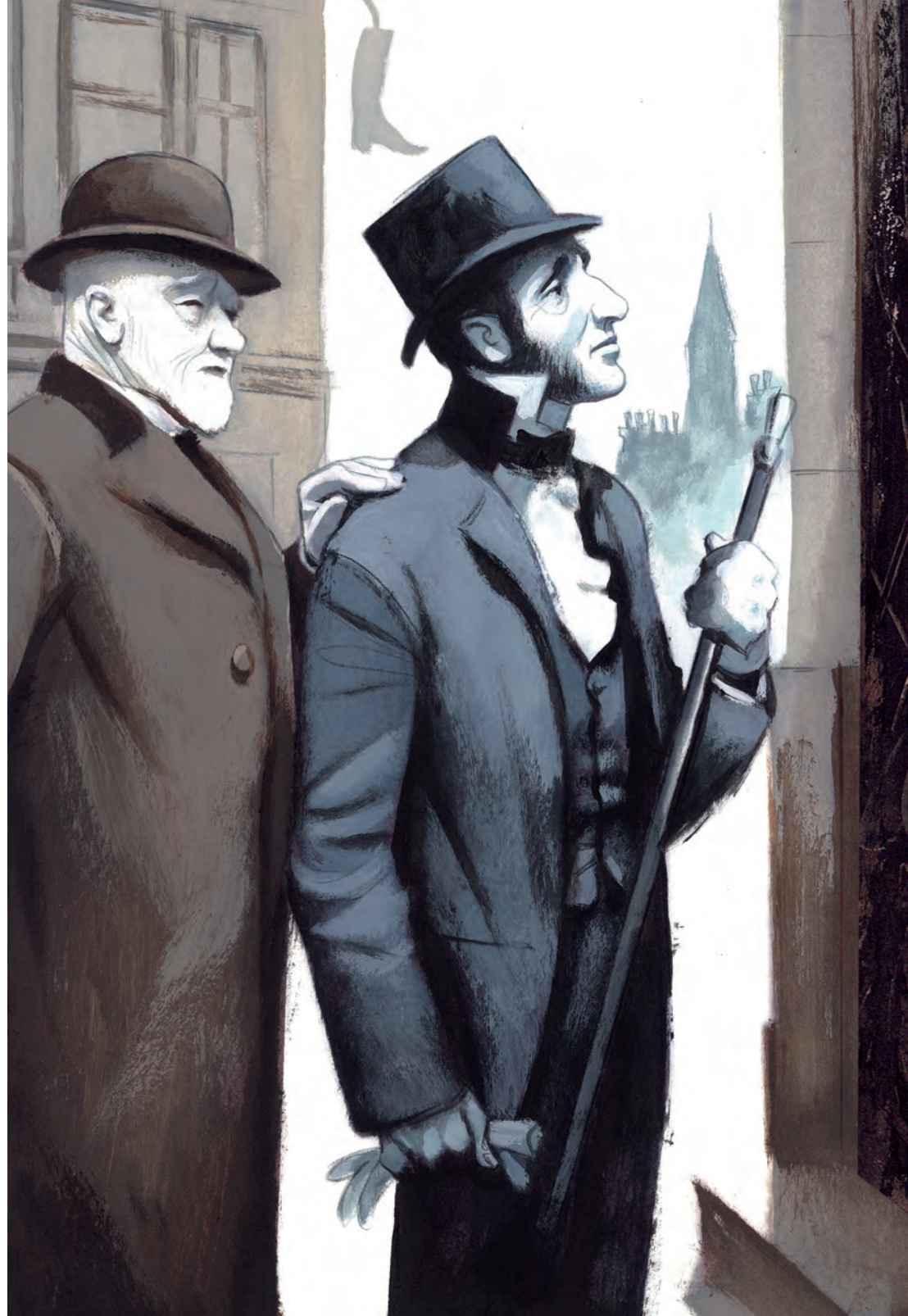
cierto edificio proyectaba su gablete<sup>9</sup> sobre la calle. Tenía dos pisos de altura; no se veía ninguna ventana, sólo una puerta en la planta baja y un frente ciego de muro descolorido en el piso superior; y en todos sus rasgos mostraba las señales de un prolongado y sórdido abandono. La puerta, desprovista de campanilla o aldaba, estaba excoriada y des pintada. Los vagabundos se metían en el hueco y encendían cerillas en los entrepaños; los niños jugaban a las tiendas en los escalones; el colegial había probado su navaja en las molduras; y durante casi una generación nadie parecía haber ahuyentado a aquellos visitantes fortuitos, ni reparado sus destrozos.

El señor Enfield y el abogado se encontraban al otro lado de la callejuela; pero cuando llegaron frente a la entrada, el primero alzó su bastón y la señaló.

—¿Te has fijado alguna vez en esta puerta? —preguntó; y cuando su compañero le contestó afirmativamente, añadió—: Mi mente la asocia con una historia muy extraña.

—¿De verdad? —dijo el señor Utterson, con un leve cambio de voz—, ¿y de qué se trata?

—Pues verás, ocurrió así —replicó el señor Enfield—: Una oscura mañana de invierno, a eso de las tres, regresaba yo a mi casa procedente de algún lugar situado en los confines del mundo y atravesaba una parte de la ciudad donde no había literalmente nada que ver salvo las farolas. Recorrí una interminable sucesión de calles... iluminadas como para una



procesión y tan vacías como una iglesia... y todo el mundo estaba dormido, hasta que por fin me sobrevino ese estado de ánimo en el que un hombre presta atención a cualquier ruido y empieza a anhelar la presencia de un policía. De pronto vi dos figuras: una de ellas era un hombrecillo que caminaba a buen paso en dirección hacia el este, y la otra, una niña de unos ocho o diez años que bajaba por la bocacalle corriendo todo lo que podía. En fin, señor, lógicamente ambas figuras se encontraron en la esquina; y entonces se produjo la parte horrible del asunto; pues el hombre pisoteó tranquilamente el cuerpo de la niña y la dejó tendida en el suelo chillando. Contado no parece gran cosa, pero fue horrible verlo. No parecía un hombre; más bien era como un maldito Juggernaut.<sup>10</sup> Lancé un grito, puse pies en polvorosa,<sup>11</sup> cogí por el cuello al caballero y lo volví a llevar a donde ya se había reunido un verdadero grupo en torno a la niña que chillaba. Estaba completamente tranquilo y no opuso resistencia, pero me echó una mirada tan desagradable que me hizo sudar tanto como la carrera que acababa de darme. La gente que se había congregado era la propia familia de la chica; y muy pronto apareció el médico al que precisamente la habían enviado a buscar. En realidad la niña no tenía nada grave sino que más bien estaba asustada, según el matasanos;<sup>12</sup> y con ello podrías suponer que se acababa el asunto. Pero se dio una curiosa circunstancia. Desde el pri-

10. Deidad de la mitología hindú. En la Inglaterra victoriana el término se utilizaba para denotar a alguien que abrumaba a la gente hasta matarla. (*N. del T.*)

11. *Poner pies en polvorosa*: echar a correr.

mer momento yo le había tomado aversión a aquel caballero. Lo mismo le había pasado a la familia de la niña, lo cual era perfectamente normal. Pero me sorprendió la reacción del médico. Era el típico galeno<sup>13</sup> rutinario, sin edad ni color de tez concretos, con un fuerte acento de Edimburgo y casi tan emotivo como una gaita. En fin, señor, le pasó lo mismo que al resto de nosotros: cada vez que miraba a mi prisionero, el matasanos palidecía y le entraban ganas de matarlo. Yo sabía lo que pasaba por su mente, lo mismo que él percibía lo que pasaba por la mía; y como no era cuestión de matarlo hicimos lo mejor que podíamos hacer. Le dijimos al hombre que podíamos y estábamos dispuestos a armar tal escándalo por aquello que su nombre sería odiado de un extremo a otro de Londres. Si tenía algún amigo o influencia, nos encargaríamos de que los perdiera. Y mientras arremetíamos contra él acaloradamente, todo el tiempo tuvimos que mantener a distancia a las mujeres lo mejor que pudimos, ya que estaban tan furiosas como arpías.<sup>14</sup> Nunca he visto un conjunto de rostros tan odiosos; y el hombre estaba en medio, con una especie de perversa y socarrona<sup>15</sup> frialdad... asustado también, como pude percibir... pero salió airoso del asunto como un verdadero Satanás.

»—Si quieren sacar provecho de este accidente —dijo—, no puedo hacer nada, por supuesto. Cualquiera caballero que se precie desea evitar una escena. Díganme la cantidad.

13. *Galeno*: sinónimo de «médico»; proviene del nombre de un célebre médico griego.

14. *Arpía*: monstruo fabuloso con rostro de mujer y cuerpo de ave de rapiña. Suele emplearse como insulto.



»En fin, le apretamos las clavijas<sup>16</sup> hasta sacarle cien libras para la familia de la niña; evidentemente él habría preferido no ceder; pero había algo en todos nosotros que indicaba que podíamos causarle daño, y finalmente se rindió. El paso siguiente era conseguir el dinero; y ¿adónde cree usted que nos llevó? Pues a la casa de la puerta... sacó de repente una llave, entró, y volvió en seguida con diez libras en monedas de oro y un cheque por el resto contra el banco de Coutts,<sup>17</sup> librado al portador y firmado con un nombre que no puedo mencionar, aunque sea una de las gracias de mi relato, pero diré por lo menos que era muy conocido y frecuentemente mencionado en los periódicos. La cifra era alta; pero la firma, si era auténtica, valía más que todo eso. Me tomé la libertad de señalar al caballero que todo aquel asunto me parecía apócrifo; y que en la vida real no es normal que un hombre entre por la puerta de un sótano a las cuatro de la mañana y salga con un cheque firmado por otro por un importe de casi cien libras. Pero él estaba muy tranquilo y desdeñoso.

»—Tranquilícense —dijo—. Me quedaré con ustedes hasta que abra el banco y yo mismo haré efectivo el cheque.

»De modo que nos pusimos en camino, el médico, el padre de la niña, nuestro amigo y yo mismo, y pasamos el resto de la noche en mis habitaciones; y al día siguiente, cuando hubimos desayunado, fuimos todos juntos al banco.

16. *Apretar las clavijas*: presionar.

17. Uno de los bancos más antiguos de Londres, fundado en 1692 por los hermanos Coutts. A partir del reinado de Jorge III, todos los monarcas ingleses han abierto



Yo mismo entregué el cheque y dije que tenía motivos para creer que se trataba de una falsificación. Nada de eso. El cheque era auténtico.

—¡Tate! —dijo el señor Utterson.

—Veo que tú piensas lo mismo que yo —dijo el señor Enfield—. Sí, es una fea historia. Pues nuestro hombre era un individuo a quien nadie podía ver, un hombre verdaderamente detestable; y la persona que extendió el cheque era todo un dechado del decoro, célebre además, y (lo que es peor) uno de esos tipos que hacen lo que se suele llamar el bien. Se trata de un chantaje, supongo; un hombre honrado que está pagando muy caro alguna travesura de su juventud. Por consiguiente, la Casa del Chantaje es como yo llamo a aquel lugar de la puerta. Aunque eso, como sabes, está lejos de explicarlo todo —añadió; y tras decir esas palabras se sumió en profundas cavilaciones.

El señor Utterson le sacó de ellas al preguntarle de pronto:

—¿Sabes si el librador del cheque vive allí?

—Un sitio apropiado, ¿no te parece? —replicó el señor Enfield—. Pero da la casualidad de que me he fijado en su dirección; vive en cierta plaza por aquí cerca.

—¿Y nunca has preguntado por... aquel lugar de la puerta? —dijo el señor Utterson.

—No, señor. Me parecía poco delicado —fue su respuesta—. Me resisto mucho a hacer preguntas; participa bastante del estilo del día del Juicio Final. Plantear una pregunta es como lanzar una piedra. Se sienta uno tranquilamente en lo alto de una colina y allá va la piedra, poniendo en marcha a las demás; y en seguida algún tipo anodino (el último en

el que uno habría pensado) recibe un golpe en la cabeza en su propio huerto, y la familia tiene que cambiar de nombre. No, señor, tengo por norma que cuanto más sospechosa me parece una cosa, menos preguntas hago.

—Una norma muy buena, además —dijo el abogado.

—Pero he examinado aquel lugar por mi cuenta —prosiguió el señor Enfield—. No parece una casa ni mucho menos. No hay ninguna otra puerta, y nadie entra ni sale por ella, salvo, de vez en cuando, el caballero de mi aventura. En el piso de arriba hay tres ventanas que dan al patio; ninguna en el piso bajo; las ventanas están siempre cerradas, pero limpias. Y además hay una chimenea, que por lo general echa humo; de modo que alguien debe de vivir allí. Sin embargo, no es posible asegurar eso, pues los edificios están tan juntos en torno a ese patio que es difícil decir dónde termina uno y comienza otro.

La pareja volvió a caminar un rato en silencio; luego dijo el señor Utterson:

—Enfield, esa norma tuya está muy bien.

—Sí, eso creo —replicó Enfield.

—Pero a pesar de todo —continuó el abogado—, hay una cosa que quiero preguntarte: quiero preguntarte cómo se llama el hombre que pisoteó a la niña.

—En fin —dijo el señor Enfield—, no veo que eso le haga mal a nadie. Era un hombre llamado Hyde.

—¡Hummm! —dijo el señor Utterson—. ¿Qué aspecto tiene ese hombre?

—No es fácil de describir. Algo le pasa a su aspecto; algo desagradable, algo realmente detestable. Nunca vi a un hombre que me desagradase tanto, y sin embargo seguramente

no sabría decir por qué. Debe de estar desfigurado en alguna parte; da la impresión de que es deforme, aunque no podría especificar en qué sentido. Es un hombre de aspecto extraordinario, y sin embargo no puedo mencionar realmente nada fuera de lo común. No, señor; no sabría precisarlo; no puedo describir a ese hombre. Y no es por falta de memoria, pues confieso que es como si lo estuviera viendo ahora mismo.

El señor Utterson siguió caminando en silencio, obviamente bajo la influencia de alguna cavilación.

—¿Estás seguro de que usó una llave? —preguntó por fin.

—Mi querido señor... —empezó a decir Enfield, que no cabía en sí de la sorpresa.

—Sí, lo sé —dijo Utterson—; sé que debe de parecer extraño. La verdad es que, si no te pregunto el nombre del otro cómplice, es porque ya lo conozco. Ya ves, Richard, que tu relato ha dado en el blanco. Si has sido inexacto en algún punto, más vale que lo corrijas.

—Creo que podrías habérmelo advertido —replicó el otro, con una pizca de resentimiento—. Pero, como dices, he sido exacto hasta la pedantería. Aquel individuo tenía una llave; y lo que es más, la tiene todavía. Le vi usarla no hace ni una semana.

El señor Utterson suspiró profundamente, pero no dijo ni una palabra; y en seguida prosiguió el joven:

—Otra vez aprenderé a callarme —dijo—. Me avergüenza haberme ido de la lengua. Hagamos un trato: nunca volveremos a mencionar este asunto.

—De todo corazón —dijo el abogado—. Cerremos el trato con un apretón de manos, Richard.

## EN BUSCA DE MR. HYDE

Aquella noche el señor Utterson volvió a su piso de soltero con el ánimo sombrío, y se sentó a cenar sin apetito. Los domingos tenía por costumbre, una vez finalizada esa comida, sentarse junto al fuego con un aburrido volumen de teología en su atril, hasta que el reloj de la iglesia cercana diera las doce, hora en que sensatamente y agradecido se iba a la cama. Aquella noche, sin embargo, en cuanto quitaron la mesa, tomó una vela y entró en su despacho. Allí abrió su caja fuerte, extrajo de su rincón más secreto un documento en cuyo sobre estaba anotado que se trataba del testamento del doctor Jekyll, y se sentó con el ceño ensombrecido a examinar su contenido. El testamento era ológrafo;<sup>18</sup> pues, aunque se había hecho cargo de él una vez terminado, el señor Utterson se había negado a prestar la menor ayuda en su confección. El testamento estipulaba



**Chris**  
day of the  
**between**  
the city of  
of 109 Aldome  
Middlesex Gentleman of the second  
human of 184 torts Court Road  
of Edward Adolphus Newma  
rard **whereas** by an  
and One thousand  
between Mary Anne  
(thereinafter called  
ano (thereinafter called  
and around situate on

Twenty six  
eighty six  
Walbrook in  
Arthur Gran  
the County of  
Fanny Mar  
of Middlesex  
of b  
eight  
and  
nd  
nee  
nly  
an  
large  
your  
as  
th w  
nched  
wea



no sólo que, en caso de fallecimiento de Henry Jekyll, M.D., D.C.L., L.L.D., F.R.S,<sup>19</sup> etc., todas sus propiedades debían pasar a manos de su «amigo y benefactor Edward Hyde», sino que en caso de «desaparición o ausencia inexplicada por un período que rebasara los tres meses», el susodicho Edward Hyde ocuparía el puesto de Henry Jekyll sin más demora, y libre de todo gravamen u obligación, aparte del pago de unas pequeñas sumas a los miembros de la servidumbre del doctor. Aquel documento ofendía la vista del abogado desde hacía mucho tiempo. Le ofendía no sólo como abogado sino como partidario de los aspectos sensatos y habituales de la vida, para quien cualquier extravagancia era impúdica.<sup>20</sup> Hasta entonces había sido su desconocimiento de Mr. Hyde lo que acrecentaba su indignación; ahora, tras un súbito cambio, era su conocimiento. Si era ya bastante grave que el nombre no pudiera decirle nada más, fue peor cuando empezó a revestirse de atributos detestables; y al rasgarse el cambiante y frágil velo que durante tanto tiempo le había nublado la vista, surgió la repentina y precisa premonición de que era un malvado.

—Pensé que era una locura —dijo, mientras volvía a meter el odioso documento en la caja fuerte—; y ahora empiezo a temer que sea una infamia.<sup>21</sup>

19. Doctor en Medicina, doctor en Derecho canónico, doctor en Derecho, miembro de la Royal Society [la más antigua sociedad científica de Gran Bretaña]. (*N. del T.*)

20. *Impúdica*: vergonzosa, indecente.



A continuación apagó la vela, se puso un gabán<sup>22</sup> y se encaminó en dirección a Cavendish Square, ese baluarte<sup>23</sup> de la medicina donde su amigo, el gran doctor Lanyon, tenía su casa y recibía a su abigarrada<sup>24</sup> clientela. «Si alguien sabe algo, será Lanyon», había pensado.

El solemne mayordomo lo reconoció y le dio la bienvenida; no lo sometió a las interminables antesalas<sup>25</sup> propias de las visitas ordinarias, sino que lo hizo pasar directamente de la puerta al comedor, donde el doctor Lanyon estaba sentado, tomando a solas su vino. Era un caballero cordial, saludable, atildado,<sup>26</sup> de faz rubicunda,<sup>27</sup> con una melena prematuramente blanca y unos modales impetuosos y resueltos. Al ver al señor Utterson se levantó de su silla de un salto y le dio la bienvenida tendiéndole ambas manos. La cordialidad habitual de aquel hombre era algo teatral a primera vista; pero se basaba en sentimientos sinceros. Pues ambos eran viejos amigos, antiguos compañeros tanto de colegio como de universidad, profundamente respetuosos de sí mismos y el uno del otro y, lo que no siempre es lógico, ambos disfrutaban a conciencia de su mutua compañía.

Después de divagar un poco, el abogado pasó a ocuparse del asunto que lo tenía preocupado de manera tan desagradable.

—Supongo, Lanyon —dijo—, que tú y yo debemos de ser los dos amigos más viejos que tiene Henry Jekyll.

22. *Gabán*: abrigo.

23. *Baluarte*: fortaleza.

24. *Abigarrada*: variopinta.

25. *Antesalas*: fórmulas de cortesía que se suelen utilizar al llegar a un lugar, antes de iniciar una conversación o abordar cualquier asunto importante.

26. *Atildado*: muy pulcro y arreglado.

27. *Faz rubicunda*: cara de color rojo encendido.

—Ojalá fuesen más jóvenes esos amigos —dijo el doctor Lanyon, riéndose entre dientes—. Pero supongo que así es. ¿Y a qué viene eso? Ahora lo veo poco.

—¿De veras? —dijo Utterson—. Creía que teníais un vínculo de intereses comunes.

—Lo teníamos —fue su respuesta—. Pero hace ya más de diez años que Henry Jekyll se volvió demasiado extravagante para mi gusto. Empezó a descarriarse,<sup>28</sup> a extraviársele la mente; y aunque, por supuesto, sigo interesándome por él en recuerdo de los viejos tiempos, como suele decirse, lo veo y lo he visto la mar de poco. Tales disparates tan poco científicos —añadió el doctor, enrojeciendo de pronto— habrían enajenado la amistad de Damón y Fintias.<sup>29</sup>

Aquel pequeño arrebato de ira en cierto modo fue un alivio para el señor Utterson. «Únicamente habrán discrepado en algunas cuestiones científicas», pensó; y no siendo un hombre apasionado por la ciencia (excepto en materia de traspasos de bienes inmuebles), incluso añadió:

—¡No es nada más que eso!

Concedió a su amigo unos cuantos segundos para que recobrase su compostura, y luego abordó la pregunta que había venido a hacer.

28. *Descarriarse*: apartarse de la conducta correcta.

29. De estos dos filósofos pitagóricos del siglo IV a. C. cuenta Cicerón [en *De officiis* 3, 45] que eran tan amigos que, al ser condenado a muerte el primero de ellos por el tirano Dionisio de Siracusa, solicitó permiso para ocuparse de ultimar sus asuntos con la promesa de volver para la ejecución y Fintias salió como fiador suyo, sujetándose a la misma pena si su amigo no comparecía. Cuando llegó el día señalado, Damón compareció puntualmente y fue tal la admiración del tirano por su mutua



—¿Te has tropezado alguna vez con un protegido suyo... un tal Hyde? —preguntó.

—¿Hyde? —repitió Lanyon—. No. Nunca oí hablar de él. En toda mi vida.

Esa fue toda la información que el abogado se llevó consigo a la sombría cama grande en la que se revolvió de un lado para otro hasta que las primeras horas de la mañana empezaron a alargarse. Fue una noche de poca tranquilidad para su esforzada mente, que, asediada por los interrogantes, se afanaba en plena oscuridad.

Las campanas de la iglesia que estaba tan oportunamente próxima a la morada del señor Utterson dieron las doce, y él seguía dándole vueltas al problema. Hasta entonces sólo lo había afectado en el aspecto intelectual, pero ahora su imaginación también estaba comprometida, o más bien esclavizada; y mientras estaba acostado y se revolvía en la densa oscuridad de la noche que envolvía la encortinada habitación, el relato del señor Enfield pasaba por su mente en una sucesión de imágenes luminosas.

Lo primero que percibía era la gran extensión de farolas de una ciudad en plena noche; luego, la figura de un hombre que caminaba velozmente; después, la de una niña que venía corriendo de casa del médico; y finalmente se encontraban ambos, y aquel Juggernaut humano atropellaba a la niña y pasaba de largo, indiferente a sus chillidos. O si no, divisaba una habitación de una casa lujosa, donde su amigo yacía dormido, soñando y sonriendo en sus sueños; y entonces se abría la puerta de aquella habitación, se apartaban las cortinas del lecho, el durmiente se despertaba y, ¡hete aquí!, allí estaba, a

su lado, una figura que tenía ascendiente sobre él, e incluso a altas horas de la noche tenía que levantarse y cumplir sus órdenes. En ambas visiones, aquella figura atormentaba al abogado durante toda la noche; y si en algún momento este echaba una cabezada, era sólo para verla deslizarse más furtivamente todavía en el interior de casas dormidas, o moverse cada vez con mayor rapidez, hasta marearlo, a través de los inmensos laberintos de la ciudad iluminada por farolas, y en cada esquina atropellaba a una niña y la dejaba chillando. Y la figura todavía no tenía un rostro por el que pudiera reconocerla; ni siquiera en sus sueños tenía rostro, o si lo tenía le desconcertaba y se desvanecía ante sus ojos.

Así fue como surgió y creció rápidamente en la mente del abogado una curiosidad particularmente intensa, casi desmesurada, de contemplar las facciones del auténtico Mr. Hyde. Si pudiera ponerle los ojos encima aunque sólo fuera una vez, pensaba que el misterio se aclararía y quizás se disiparía del todo, como suele suceder con las cosas misteriosas cuando se examinan bien. Podía imaginarse un motivo para la extraña preferencia o servidumbre (llámenlo como quieran) de su amigo, e incluso para las sorprendentes cláusulas del testamento. Y al menos sería un rostro digno de verse: el rostro de un hombre sin entrañas y despiadado, un rostro que, con sólo mostrarse, suscitaría en la mente del impasible Enfield un perdurable sentimiento de odio.

A partir de aquel momento, el señor Utterson empezó a rondar la puerta que daba a la callejuela de las tiendas. Por la mañana antes de las horas de oficina, al mediodía cuando había mucho trabajo y el tiempo era escaso, por la noche

bajo la faz de la luna con la ciudad envuelta en niebla, bajo cualquier luz y a cualquier hora, solitaria o concurrida, se podía encontrar al abogado apostado en el lugar elegido.

«Si él es Mr. Hyde», había pensado, «yo seré Mr. Seek.»<sup>30</sup>

Y al final su paciencia fue recompensada. Era una magnífica noche sin lluvia, con escarcha; las calles estaban tan limpias como la pista de un salón de baile; las farolas, impertérritas<sup>31</sup> ante cualquier tipo de viento, dibujaban un estampado uniforme de luces y sombras. A eso de las diez, cuando ya habían cerrado las tiendas, la callejuela estaba muy solitaria y, a pesar de la tenue reverberación<sup>32</sup> de Londres a su alrededor, muy silenciosa. Los sonidos débiles llegaban lejos; los ruidos domésticos procedentes de las casas eran claramente audibles a ambos lados de la calzada; y cuando un viandante se aproximaba, el rumor de sus pasos lo precedía mucho tiempo antes. El señor Utterson llevaba algunos minutos en su puesto cuando se apercibió de unos extraños pasos ligeros que se aproximaban. En el transcurso de sus rondas nocturnas hacía tiempo que se había acostumbrado al curioso efecto con que las pisadas de una sola persona que todavía está muy lejos surgen de pronto con nitidez del vasto murmullo y estrépito de la ciudad. Sin embargo, su atención nunca se había visto atraída tan repentina y contundentemente; y con una acusada y supersticiosa premonición de éxito, se retiró a la entrada del patio.

30. Juego de palabras con «hyde» (equivalente fonético de «hide», esconder, ocultar) y «seek» (buscar). Mr. Hyde sería el «señor que se esconde» y Mr. Seek, el «señor que busca». (*N. del T.*)

31. *Impertérritas*: impasibles, inalterables.

Los pasos se acercaron cada vez más rápido y de pronto sonaron más fuerte cuando doblaron el final de la calle. Mirando hacia delante desde la entrada, el abogado pudo ver en seguida el tipo de hombre al que tenía que enfrentarse. Era de baja estatura e iba vestido con sencillez; y su aspecto, incluso a aquella distancia, no predisponía mucho en su favor a quien lo contemplase. Pero se dirigió directamente a la puerta, cruzando la calzada para ahorrar tiempo, y según venía, sacó una llave del bolsillo, como quien se acerca a su casa.

El señor Utterson salió a su encuentro y cuando pasó a su lado lo tocó en el hombro.

—Me imagino que usted es Mr. Hyde, ¿no es cierto?

Mr. Hyde retrocedió y aspiró una bocanada de aire, emitiendo un sonido sibilante. Pero su miedo fue sólo momentáneo; y aunque no miró a la cara al abogado, respondió con mucha calma:

—Así me llamo. ¿Qué quiere usted?

—Veo que va a entrar —replicó el abogado—. Soy un viejo amigo del doctor Jekyll... el señor Utterson, que vive en Gaunt Street... usted debe de haber oído mencionar mi nombre. Y ya que lo he encontrado tan oportunamente, pensé que tal vez me dejaría entrar.

—No encontrará en casa al doctor Jekyll; ha salido —respondió Mr. Hyde, metiendo de sopetón la llave. Y luego preguntó de pronto, sin levantar los ojos—: ¿Cómo me ha reconocido?

—¿Querría usted, por su parte —dijo el señor Utterson—, hacerme un favor?

—Con mucho gusto —respondió el otro—. ¿De qué se trata?

—¿Me permite ver su rostro? —preguntó el abogado.

Mr. Hyde pareció titubear; luego, como si de pronto se lo hubiera pensado mejor, se encaró con él con aire desafiante; y los dos se miraron fijamente el uno al otro durante unos pocos segundos.

—Ahora podré reconocerlo la próxima vez que nos veamos —dijo el señor Utterson—. Puede ser útil.

—Sí —replicó Mr. Hyde—, está bien que nos hayamos encontrado; y *à propos*, aquí tiene mi dirección.

Y le dio el número de una calle del Soho.

«¡Madre mía!», pensó el señor Utterson. «¿Será posible que él también haya estado pensando en el testamento?»

Pero dominó sus sentimientos y se limitó a gruñir agradeciéndole la dirección.

—Veamos —dijo el otro—, ¿cómo me ha reconocido?

—Por la descripción —fue su respuesta.

—¿La descripción de quién?

—Tenemos amigos comunes —dijo el señor Utterson.

—¡Amigos comunes! —repitió Mr. Hyde, con la voz un tanto ronca.

—Jekyll, por ejemplo —dijo el abogado.

—Él nunca le habló de mí —gritó Mr. Hyde, en un arrebato de ira—. No pensé que usted fuera a mentirme.

—Vamos —dijo el señor Utterson—, no está bien que hable así.

El otro emitió un sonoro gruñido que en seguida se convirtió en una feroz risotada; y un instante después, con extraordinaria rapidez, había abierto la puerta y desapareció en el interior de la casa.

Después de que Mr. Hyde se marchara, el abogado se quedó allí un rato, semejando su rostro la viva imagen de la preocupación. Luego empezó a remontar la calle lentamente, deteniéndose a cada paso y llevándose la mano a la frente como si estuviera perplejo. El problema que estaba así deliberando mientras caminaba era de esos que casi nunca se resuelven. Mr. Hyde era pálido y de baja estatura; aunque no tenía ninguna malformación específica, daba la impresión de ser deforme, tenía una sonrisa desagradable; se había comportado con el abogado con una especie de criminal mezcla de timidez y descaro homicida, y hablaba con una voz ronca, susurrante y un tanto entrecortada... todos aquellos rasgos le eran desfavorables, pero ni siquiera todos ellos juntos podían explicar la repugnancia, el asco y el miedo, hasta entonces desconocidos, con que el señor Utterson lo miraba.

«Tiene que ser otra cosa», se decía el perplejo caballero. «Hay algo más, aunque no sé cómo llamarlo. ¡Que Dios me proteja, ese hombre apenas parece humano! Podríamos decir que tiene algo de troglodita. ¿O tal vez se trate de la vieja historia del doctor Fell?<sup>33</sup> ¿O es la mera irradiación de un alma vil que de ese modo transpira por completo y transfigura su envoltorio de barro? Creo que más bien es esto último; ya que,

33. John Fell (1625-1686), deán del Christ Church College y obispo de Oxford, recordado sobre todo como impulsor de la reputada Oxford University Press. Curiosamente, el nombre de este benefactor de las letras y humanidades suele utilizarse para describir a una persona más bien desagradable, aunque no se sepa bien por qué, gracias al epigrama de Thomas Brown, «Doctor Fell» [«No me gustas, Dr. Fell; / Aunque no puedo decir por qué; / Esto es lo único que sé: / No me gustas, Dr. Fell»],

¡oh mi bueno de Harry Jekyll!, si alguna vez he visto grabada en un rostro la firma de Satanás, ha sido en el de tu nuevo amigo».

A la vuelta de la esquina de la callejuela había una manzana de casas antiguas y elegantes, deterioradas en su mayoría y alquiladas por pisos y despachos a gente de cualquier clase y condición: grabadores de mapas, arquitectos, turbios abogados, y apoderados de empresas dudosas. Una casa, sin embargo, la segunda a partir de la esquina, estaba todavía habitada en su totalidad; y el señor Utterson se detuvo frente a su puerta, que tenía un magnífico aspecto de riqueza y bienestar, aunque ahora estuviera sumida en la oscuridad a excepción del tragaluz, y llamó. Un anciano sirviente bien vestido abrió la puerta.

—Poole, ¿está en casa el doctor Jekyll? —preguntó el abogado.

—Voy a ver, señor Utterson —dijo Poole, dejando entrar al visitante mientras hablaba en una amplia y confortable sala de techo bajo, pavimentada con baldosas, caldeada (al estilo de las casas de campo) mediante una chimenea y amueblada con costosos bargueños<sup>34</sup> de roble.

—Señor, ¿quiere esperar aquí, junto al fuego? ¿O le enciendo una lámpara en el comedor?

—Aquí, gracias —dijo el abogado; y acercándose a la chimenea, se apoyó en el elevado guardafuegos.

Aquella sala, en la que ahora se había quedado solo, era

el antojo favorito de su amigo el doctor; y el propio Utterson solía referirse a ella como la estancia más agradable de Londres. Pero aquella noche un estremecimiento le corría por las venas; el rostro de Hyde no se apartaba de su memoria; sentía náuseas y repugnancia por la vida (lo cual era raro en él); y su lúgubre ánimo parecía intuir una amenaza en los vacilantes reflejos de la lumbre sobre los pulidos bargueños y en los inquietantes juegos de sombras en el techo. Se sintió avergonzado de su alivio cuando en seguida volvió Poole para anunciarle que el doctor Jekyll se había marchado.

—He visto entrar a Mr. Hyde por la puerta de la vieja sala de disección —le dijo Utterson—. ¿Es eso normal cuando el doctor Jekyll no está en casa?

—Completamente normal, señor Utterson —respondió el sirviente—. Mr. Hyde tiene una llave.

—Poole, su señor parece depositar mucha confianza en ese joven —prosiguió el otro, pensativo.

—Sí, señor, en efecto —dijo Poole—. Todos nosotros tenemos órdenes de obedecerlo.

—No recuerdo haberme tropezado nunca con Mr. Hyde —dijo Utterson.

—¡Dios mío! Claro que no, señor. Él nunca cena aquí —respondió el mayordomo—. La verdad es que le vemos muy poco por esta parte de la casa; casi siempre entra y sale por el laboratorio.

—En fin, buenas noches, Poole.

—Buenas noches, señor Utterson.

Y el abogado se puso en camino hacia su casa con el



corazón bastante oprimido. «¡Pobre Harry Jekyll», pensó, «me temo que esté con el agua al cuello! Era muy disoluto<sup>35</sup> de joven; de eso hace ya mucho tiempo, por cierto; pero la ley de Dios no establece ninguna limitación. ¡Ah!, debe de ser eso; el fantasma de algún viejo pecado, el cáncer de alguna ignominia<sup>36</sup> oculta; el castigo que llega, *pede claudo*,<sup>37</sup> años después de que la memoria haya olvidado, y el amor propio perdonado, la falta». Y el abogado, intimidado por aquel pensamiento, dio vueltas durante un rato a su propio pasado, buscando a tientas en todos los recovecos de su memoria, no fuera que por casualidad saltara como un resorte alguna antigua iniquidad<sup>38</sup> y saliera a la luz. Su pasado era bastante irreprochable; pocos hombres podían consultar los anales de su vida con menos recelo; sin embargo se sentía profundamente humillado por las muchas malas acciones que había cometido, y exaltado de nuevo hasta una sobria y temerosa gratitud por las otras muchas que había estado a punto de cometer y había evitado. Y entonces, volviendo al tema anterior, concibió una pizca de esperanza. «Este Mr. Hyde, si se le estudiara», pensó, «debe de tener sus propios secretos: tremendos secretos, a juzgar por su aspecto; secretos comparados con los cuales los peores del pobre de Jekyll serían como un rayo de sol. Las cosas no pueden continuar como están. Me dan escalofríos al pensar

35. *Disoluto*: libertino, entregado a los vicios.

36. *Ignominia*: vergüenza, deshonra.

37. *Pede claudo*: expresión latina que significa: «Con paso ligero pero que no se detiene.» (N. del T.)

en aquel ser acercándose sigilosamente como un ladrón a la cabecera de Harry; pobre Harry, ¡menudo despertar! ¡Y qué peligro! Pues si el tal Hyde sospecha la existencia del testamento, puede impacientarse por heredar. ¡Ah!, debo arrimar el hombro... si es que Jekyll me lo permite...», añadió, «si Jekyll me lo permite.» Pues una vez más desfilaron por su imaginación, tan nítidas como una transparencia, las cláusulas del testamento.